

Ecocidio, crimen capitalista

Fidel Castro · Hugo Chávez · Evo Morales



COLECCIÓN
clavos

CO

Ediciones: Correo del Orinoco

Ecocidio, crimen capitalista

Fidel Castro • Hugo Chávez • Evo Morales

Colección Claves

CORREO DEL ORINOCO

Alcabala a Urapal, Edificio Dimase, La Candelaria, Caracas-Venezuela
www.correodelorinoco.gob.ve - Rif: G-20009059-6

DIRECTORIO

Hugo Rafael Chávez Frías

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Andrés Izarra

Ministro del Poder Popular para la Comunicación y la Información

Alejandro Boscán

Viceministro de Estrategia Comunicacional

Lídice Altuve

Viceministra de Gestión Comunicacional

Edición y corrección: **Michel Bonnefoy, Francisco Ávila**

Diseño y diagramación: **Saira Arias**

Portada: **Saira Arias**

“No cambiemos el clima, ¡cambemos el sistema!
Y en consecuencia, comenzaremos a salvar el planeta. El capitalismo, el modelo de desarrollo destructivo, está acabando con la vida, amenaza con acabar definitivamente con la especie humana”.

Hugo Chávez

PRESENTACIÓN

Desde hace décadas, distintas voces en el mundo se han alzado para alertar a los gobernantes, lanzando alertas sobre la agravante situación de deterioro ambiental global que sufre nuestro planeta. Entre ellas se han levantado las de algunos líderes latinoamericanos, tales como Fidel Castro, Hugo Chávez y Evo Morales, quienes no sólo advierten sobre los daños ambientales que ya sufren algunos de nuestros países, sino que señalan sin ambages al principal causante de esta crisis: el sistema capitalista.

Ya en la Cumbre de Río de Janeiro (1992), Fidel Castro señaló una situación alarmante: el ser humano “está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida”. En tal sentido, acusó a las sociedades de consumo como las principales responsables de la destrucción del ambiente.

Esta edición presenta cinco discursos memorables, ofrecidos en distintos escenarios por tres líderes de nuestra América, quienes no sólo hacen un llamado a la cordura, sino exigen un cambio de sistema, erradicar el modelo de desarrollo destructivo llamado capitalismo, con su corolario de hambre y exclusión.

INTERVENCIÓN EN LA CONFERENCIA DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO

Río de Janeiro, Brasil, 12 de junio de 1992

FIDEL CASTRO

Señor presidente de Brasil, Fernando Collor de Mello; señor secretario general de Naciones Unidas, Butros Ghali; excelencias:

Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre.

Ahora tomamos conciencia de este problema cuando casi es tarde para impedirlo.

Es necesario señalar que las sociedades de consumo son las responsables fundamentales de la atroz destruc-

ción del medio ambiente. Ellas nacieron de las antiguas metrópolis coloniales y de políticas imperiales que, a su vez, engendraron el atraso y la pobreza que hoy azotan a la inmensa mayoría de la humanidad.

Con solo el 20 por ciento de la población mundial, ellas consumen las dos terceras partes de los metales y las tres cuartas partes de la energía que se produce en el mundo. Han envenenado los mares y ríos, han contaminado el aire, han debilitado y perforado la capa de ozono, han saturado la atmósfera de gases que alteran las condiciones climáticas con efectos catastróficos que ya empezamos a padecer.

Los bosques desaparecen, los desiertos se extienden, miles de millones de toneladas de tierra fértil van a parar cada año al mar. Numerosas especies se extinguen. La presión poblacional y la pobreza conducen a esfuerzos desesperados para sobrevivir, aun a costa de la naturaleza. No es posible culpar de esto a los países del Tercer Mundo, colonias ayer, naciones explotadas y saqueadas hoy por un orden económico mundial injusto.

La solución no puede ser impedir el desarrollo a los que más lo necesitan. Lo real es que todo lo que contribuya hoy al subdesarrollo y la pobreza constituye una violación flagrante de la ecología. Decenas de millones de hombres, mujeres y niños mueren cada año en el Tercer Mundo a consecuencia de esto, más que en cada una de las dos guerras mundiales. El intercambio desigual, el proteccionismo y la deuda externa agreden la ecología y propician la destrucción del medio ambiente.

Si se quiere salvar a la humanidad de esa autodestrucción, hay que distribuir mejor las riquezas y tecnologías disponibles en el planeta. Menos lujo y menos despilfarro en unos pocos países para que haya menos pobreza y menos hambre en gran parte de la Tierra. No más transferencias al Tercer Mundo de estilos de vida y hábitos de consumo que arruinan el medio ambiente. Hágase más racional la vida humana. Aplíquese un orden económico internacional justo. Utilícese toda la ciencia necesaria para un desarrollo sostenido sin contaminación. Páguese la deuda ecológica y no la deuda externa. Desaparezca el hambre y no el hombre.

Cuando las supuestas amenazas del comunismo han desaparecido y no quedan ya pretextos para guerras frías, carreras armamentistas y gastos militares, ¿qué es lo que impide dedicar de inmediato esos recursos a promover el desarrollo del Tercer Mundo y combatir la amenaza de destrucción ecológica del planeta?

Cesen los egoísmos, cesen los hegemonismos, cesen la insensibilidad, la irresponsabilidad y el engaño. Mañana será demasiado tarde para hacer lo que debimos haber hecho hace mucho tiempo.

Gracias.

DISCURSO EN LA II CUMBRE MUNDIAL SOBRE EL DESARROLLO SUSTENTABLE

Johannesburgo, República de Sudáfrica, 2 de septiembre de 2002

HUGO CHÁVEZ

Colegas, amigas y amigos, yo de verdad creo que si oyéramos a todos los niños del mundo y los pusiéramos a ellos a decidir sobre el destino del mundo, por ahí anda la verdad, por ahí anda el camino.

Quiero saludar al pueblo africano, a los pueblos de África, al pueblo sudafricano, hermano pueblo, luchador pueblo, a todos los representados de aquí, los pueblos del mundo y especialmente a los pueblos de América Latina, esta África y esta América Latina, cuna de civilizaciones.

Ya lo dijo el presidente, mezcla de siglos, de luchas, de razas, de sangre, de dolores y de sueños, de esperan-

za. América Latina es nuestra América Latina, epicentro de la lucha contra los atropellos que en el mundo han habido.

No es nueva esta lucha, ya lo decía el Presidente, ya lo han dicho numerosos luchadores del África, como Mandela: el camino es largo hacia la libertad. No es nueva esta batalla. Por allá en Jamaica, un septiembre de 1816, Simón Bolívar, hace 187 años, el Libertador de América decía: hace tres siglos han comenzado las barbaridades cometidas en el gran hemisferio de Colón, 300 años de horror. Y al final terminaba diciendo, en la carta de Jamaica, en cuanto a la heroica y desdichada Venezuela, sus tiranos gobiernos rivalizan con los primeros monstruos que hicieron desaparecer de la América su raza primitiva. Veamos cuan largo y cuan doloroso ha sido este camino.

Hoy venimos aquí, 200 años después, desde una Venezuela que resucita, donde un pueblo lucha por su desarrollo integral, impulsando una revolución democrática que lleva en alto precisamente los estandartes de Simón Bolívar, un pueblo que fue capaz de barrer en 24 horas el breve Gobierno fascista y totalitario impuesto

por las elites privilegiadas, las que se oponen al desarrollo de los pueblos.

Aquel 11 de abril, hace apenas cinco meses, trataron de cortar un camino a los gobiernos que asumimos como Venezuela los compromisos de la Cumbre del Milenio, los compromisos del desarrollo integral y humano. Comenzamos a ser señalados y atacados por las élites privilegiadas que dominan.

Nuestros países, eso también tengo que decirlo, los que asumimos de verdad los caminos del desarrollo del ser humano, tenemos que enfrentar a las élites que han destrozado buena parte del mundo.

El desarrollo sustentable. Vamos a decir muchas cosas aquí hoy y mañana, se ha dicho mucho de esto, pero yo quiero preguntarles: ¿de qué desarrollo estamos hablando? ¿Es que pretendemos seguir hablando del modelo desarrollista, del modelo neoliberal, ese que ha producido entre otras cosas estadísticas horribles, como aquella de que cada minuto se mueren 17 personas de hambre en el mundo?

¿Es que pretendemos seguir hablando de ese modelo neoliberal, que coloca a la pobreza como causa del subdesarrollo, como obstáculo para el desarrollo, en vez de reconocer definitivamente que la pobreza es una consecuencia de los modelos de desarrollo impuestos en el mundo por los poderosos?

Creo que por ahí hay que comenzar el debate, una vez más, y no pararnos en el fondo. ¿Es verdaderamente sustentable el modelo de desarrollo que hoy está impuesto en el mundo? ¿Vamos a tratar de hacer sustentable lo insustentable? No pretendamos lo imposible, no sigamos siendo necios, reconozcamos las verdades y actuemos en consecuencia.

El neoliberalismo es el culpable de los desastres del mundo, pues luchemos contra la causa. No pretendamos acabar con los incendios respetando a los incendiarios. Hay que reconocer esto en profundidad o pasaremos 30 años más, como venimos desde Estocolmo o desde Río de Janeiro. Aquí estarán estos niños dentro de 40 años debatiendo los mismos temas y el mundo se estaría hundiendo en mayor pobreza y en mayores desastres y en guerras, porque el mundo como va no es viable.

Desde el Grupo de los 77 más China, desde su presidencia, y desde la presidencia de Venezuela lo digo ante el mundo una vez más: este modelo hay que cambiarlo. Lo digo porque no hay desarrollo sin humanismo. No es posible un desarrollo en este modelo impuesto en el mundo, es verdaderamente un imposible. El neoliberalismo es inhumano, el desarrollo debe ser humano, el neoliberalismo es desintegrador, el desarrollo debe ser integral e integrador. Vamos en camino contrario al desarrollo.

Se requiere entonces una nueva ética en el mundo, se requiere una nueva moral y de allí un nuevo comportamiento de todos, para que vivamos como hermanos. Solo así, para concluir, solo así la agenda 21 sería viable. Preferiríamos hablar de que construyamos una agenda para el 2021, pero mientras cambiamos esos modelos de desarrollo y los convertimos en aquello que Cristo llamaba que el hombre tenía que ser el alfa y el omega, el comienzo y el fin, pues no podemos perder ni un minuto, mañana puede ser demasiado tarde.

Por eso es que hemos propuesto desde Venezuela, ya lo proponíamos en Monterrey, la creación urgente de un

fondo humanitario. No dije monetario, sino humanitario, internacional. Pero eso requiere de una voluntad política. Eso requiere que lo asumamos con rigor y no para dentro de 20 años, sino ahora mismo. No nos satisface la decisión de llamar a un fondo solidario voluntario, por ahí no es el camino.

Un fondo humanitario, rigurosamente obligatorio, donde, por ejemplo, aportemos 10 por ciento del gasto militar del mundo, que es horroroso y que, por ejemplo, aportemos 10 por ciento de la deuda externa que los países pobres del mundo le pagamos al mundo desarrollado. América Latina ha pagado en 20 años tres veces el monto de su deuda original y debemos más que hace 20 años. Es una deuda eterna la que tenemos.

Un Fondo Humanitario Internacional adonde se dirija un porcentaje de los grandes capitales del narcotráfico, de los grandes capitales de la corrupción, solo así pudiéramos comenzar de verdad a revertir el camino hacia el desastre en que llevamos al mundo, solo así pudiéramos responderle a los niños que nos hablan desde los abismos de los pueblos, solo así pudiéramos hacer realidad el sueño de justicia que impera por todo el mundo.

Lo vuelvo a repetir, desde hace tres años lo estoy diciendo y ahora, cuando he resucitado del golpe de Estado del 11 de abril, de los fascistas y de los totalitarios de Venezuela y sus aliados internacionales, los poderosos, lo vengo a decir con más vigor y con más fuerza, hagámoslo de verdad, salvemos al mundo, nosotros podemos hacerlo, pero solo con una poderosa voluntad política y sólo con una nueva moral política, social, que invada los espacios de este nuevo siglo.

Muchísimas gracias.

DISCURSO EN LA 60° ASAMBLEA GENERAL DE LA ORGANIZACIÓN DE NACIONES UNIDAS

Nueva York, Estados Unidos, 15 de septiembre de 2005

HUGO CHÁVEZ

Excelencias, amigas y amigos, muy buenas tardes.

El propósito original de esta reunión ha sido desvirtuado totalmente. Se nos ha impuesto como centro del debate un mal llamado proceso de reformas que relega a un segundo plano lo más urgente, lo que los pueblos del mundo reclaman con urgencia, como lo es la adopción de medidas para enfrentar los verdaderos problemas que obstaculizan e impiden los esfuerzos de nuestros países por el desarrollo y por la vida.

Cinco años después de la Cumbre del Milenio, la cruda realidad es que la gran mayoría de las metas diseñadas, pese a que eran ya de por sí modestísimas, no serán alcanzadas.

Pretendimos reducir a la mitad los 842 millones de hambrientos para el año 2015. Al ritmo actual la meta se lograría en el año 2215. A ver quién de nosotros estaríamos allí para celebrarlo, si es que la especie humana logra sobrevivir a la destrucción que amenaza nuestro medio ambiente.

Habíamos proclamado la aspiración de lograr en el 2015 la enseñanza primaria universal. Al ritmo actual, la meta se alcanzará después del año 2100. Preparémonos para celebrarlo.

Esto, amigas y amigos del mundo, nos lleva de manera irreversible a una amarga conclusión: las Naciones Unidas han agotado su modelo, y no se trata simplemente de proceder a una reforma. El siglo XXI reclama cambios profundos que sólo son posibles con una refundación de esta organización. Esto no sirve, hay que decirlo, es la pura verdad.

Esas transformaciones, a las que desde Venezuela nos referimos, tienen para nosotros, desde nuestro punto de vista, dos tiempos: el inmediato, el de ahora mismo, y el de los sueños, el de la utopía. El primero está marcado

por los acuerdos lastrados por el viejo esquema, no le rehuimos, y traemos, incluso, propuestas concretas dentro de ese modelo en el corto plazo. Pero el sueño de esa paz mundial, el sueño de un nosotros que no avergüence por el hambre, la enfermedad, el analfabetismo, la necesidad extrema, necesita, además de raíces, alas para volar.

Necesitamos alas para volar. Sabemos que hay una globalización neoliberal aterradora, pero también existe la realidad de un mundo interconectado que tenemos que enfrentar, no como un problema sino como un reto. Podemos, sobre la base de las realidades nacionales, intercambiar conocimientos, complementarnos, integrar mercados, pero al tiempo debemos entender que hay problemas que ya no tienen solución nacional: ni una nube radioactiva, ni los precios mundiales, ni una pandemia, ni el calentamiento del planeta o el agujero de la capa de ozono son problemas nacionales.

Mientras avanzamos hacia un nuevo modelo de Naciones Unidas que haga cierto y suyo ese nosotros de los pueblos, hay cuatro reformas urgentes e irrenunciables que traemos a esta Asamblea. La primera, la expansión del Consejo de Seguridad tanto en sus categorías per-

manentes como en las no permanentes, dando entrada a nuevos países desarrollados y a países en desarrollo como nuevos miembros permanentes. La segunda, la necesaria mejora de los métodos de trabajo para aumentar la transparencia y no para disminuirla, para aumentar el respeto y no para disminuirlo, para aumentar la inclusión.

La tercera, la supresión inmediata, seguimos diciéndolo desde hace seis años desde Venezuela, la supresión inmediata del veto en las decisiones del Consejo de Seguridad, ese vestigio elitesco es incompatible con la democracia, incompatible con la sola idea de igualdad y de democracia. Y en cuarto lugar el fortalecimiento del papel del Secretario General, sus funciones políticas en el marco de la diplomacia preventiva, debe ser consolidado. La gravedad de los problemas convoca a transformaciones profundas, las meras reformas no bastan para recuperar el nosotros que esperan los pueblos del mundo. Más allá de las reformas, reclamamos desde Venezuela la refundación de Naciones Unidas, y como bien sabemos en Venezuela, por las palabras de Simón Rodríguez, el Robinson de Caracas: “O inventamos o erramos”.

En la reunión de enero pasado de este año 2005 estuvimos en el Foro Social Mundial en Porto Alegre. Diferentes personalidades allí pidieron que la sede de Naciones Unidas saliera de Estados Unidos. Es que continúan las violaciones a la legalidad internacional por parte de ese país. Hoy sabemos que nunca existieron armas de destrucción masiva en Iraq. El pueblo estadounidense siempre ha sido muy riguroso con la exigencia de la verdad a sus gobernantes, los pueblos del mundo también: nunca hubo armas de destrucción masiva y sin embargo, y por encima de Naciones Unidas, Iraq fue bombardeado, ocupado y continúa ocupado.

Por eso proponemos a esta Asamblea que Naciones Unidas salga de un país que no es respetuoso con las propias resoluciones de esta Asamblea. Algunas propuestas han señalado a una Jerusalén convertida en ciudad internacional como una alternativa. La propuesta tiene la generosidad de proponer una respuesta al conflicto que vive Palestina, pero quizás tenga aristas que hagan difícil llevarlo a cabo. Por eso traemos aquí otra propuesta, anclada en la Carta de Jamaica, que escribió Simón Bolívar, el gran Libertador del Sur, en Jamaica, en 1815, hace 190 años. Ahí propuso Bolívar la creación de una

ciudad internacional que sirviera de sede a la idea de unidad que planteaba. Bolívar era un soñador que soñó lo que son hoy nuestras realidades.

Creemos que ya es hora de pensar en la creación de una ciudad internacional ajena a la soberanía de ningún Estado, con la fuerza propia de la moralidad de representar a las Naciones del mundo. Pero esa ciudad internacional tiene que reequilibrar cinco siglos de desequilibrio. La nueva sede de Naciones Unidas tiene que estar en el Sur. “¡El Sur también existe!”, dijo Mario Benedetti. Esa ciudad que puede existir ya, o podemos inventarla, puede estar donde se crucen varias fronteras o en un territorio que simbolice al mundo. Nuestro continente está en disposición de ofrecer ese suelo sobre el que edificar el equilibrio del universo del que habló Bolívar en 1825.

Enfrentamos hoy una crisis energética sin precedentes en el mundo, en la que se combinan peligrosamente un imparable incremento del consumo energético, la incapacidad de aumentar la oferta de hidrocarburos y la perspectiva de una declinación en las reservas probadas

de combustibles fósiles. Comienza a agotarse el petróleo.

Para el 2020 la demanda diaria de petróleo será de 120 millones de barriles, con lo cual, incluso sin tener en cuenta futuros crecimientos, se consumiría en 20 años una cifra similar a todo el petróleo que ha gastado la humanidad hasta el momento, lo cual significará, inevitablemente, un aumento en las emisiones de dióxido de carbono que, como se sabe, incrementa cada día la temperatura de nuestro planeta.

Katrina ha sido un doloroso ejemplo de las consecuencias que puede traer al hombre ignorar estas realidades. El calentamiento de los océanos es, a su vez, el factor fundamental detrás del demoledor incremento en la fuerza de los huracanes que hemos visto en los últimos años. Valga la ocasión para transmitir una vez más nuestro dolor y nuestro pesar al pueblo de Estados Unidos, que es un pueblo hermano de los pueblos de América y de los pueblos del mundo.

Es práctica y éticamente inadmisibles sacrificar a la especie humana invocando de manera demencial la vigencia de un modelo socioeconómico con una galopante

capacidad destructiva. Es suicida insistir en diseminarlo e imponerlo como remedio infalible para los males de los cuales es, precisamente, el principal causante.

Hace poco el señor Presidente de Estados Unidos asistió a una reunión de la Organización de Estados Americanos, a proponerle a la América Latina y al Caribe incrementar las políticas de mercado, la apertura de mercado, es decir, el neoliberalismo, cuando ésa es precisamente la causa fundamental de los grandes males y las grandes tragedias que viven nuestros pueblos: el capitalismo neoliberal. El Consenso de Washington ha generado mayor grado de miseria, de desigualdad y una tragedia infinita a los pueblos de este continente.

Ahora más que nunca necesitamos un nuevo orden internacional. Recordemos que la Asamblea General de las Naciones Unidas en su sexto período extraordinario de sesiones, celebrado en 1974, algunos de quienes están aquí no habían nacido, seguramente, o estaban muy pequeños, hace 31 años, adoptó la declaración y el programa de acción sobre un nuevo orden económico internacional. Junto con el plan de acción la Asamblea General adoptó el 14 de diciembre de aquel año 1974 la

Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados que concretó el nuevo orden económico internacional, siendo aprobada por mayoría aplastante de 120 votos a favor, 6 en contra y 10 abstenciones.

Esto era cuando se votaba en Naciones Unidas, porque ahora aquí no se vota, ahora aquí se aprueban documentos como este documento que yo denuncié a nombre de Venezuela como írrito, nulo e ilegal. Se aprobó violando la normativa de las Naciones Unidas. ¡No es válido este documento! Habrá que discutir este documento, el Gobierno de Venezuela lo va a hacer conocer al mundo, pero nosotros no podemos aceptar la dictadura abierta y descarada en Naciones Unidas. Estas cosas son para discutir las y para eso hago un llamado muy respetuoso a mis colegas los Jefes de Estado y los Jefes de Gobierno.

Ahora me reuní con el presidente Néstor Kirchner, y saqué el documento, este documento que fue entregado cinco minutos antes, ¡sólo en inglés!, a nuestros delegados y que se aprobó con un martillazo dictatorial. Lo denuncié ante el mundo como ilegal, írrito, nulo e ilegítimo.

Óiganme una cosa, señor Presidente: si nosotros vamos a aceptar esto, es que estamos perdidos, ¡apaguemos la luz y cerremos las puertas y las ventanas! Sería lo último: que aceptemos la dictadura aquí en este salón.

Ahora más que nunca, decíamos, requerimos retomar cosas que se quedaron en el camino, como la propuesta aprobada en esta Asamblea en 1974 de un nuevo orden económico internacional. Para recordar algo, digamos lo siguiente: el Artículo 2 del texto de aquella carta confirma el derecho de los Estados de nacionalizar las propiedades y los recursos naturales que se encontraban en manos de inversores extranjeros, proponiendo igualmente la creación de carteles de productores de materias primas.

En su Resolución 3.201 de mayo de 1974, expresó la determinación de trabajar con urgencia para establecer un nuevo orden económico internacional basado, óiganme bien, os ruego, “en la equidad, la igualdad soberana, la interdependencia, el interés común y la cooperación entre todos los Estados cualesquiera que sean sus sistemas económicos y sociales, que corrija las desigualdades y repare las injusticias entre los países desarrollados y los países en desarrollo, y asegure a las generaciones presen-

tes y futuras, la paz, la justicia y un desarrollo económico y social que se acelere a ritmo sostenido”. Estaba leyendo parte de aquella resolución histórica de 1974.

El objetivo del nuevo orden económico internacional era modificar el viejo orden económico concebido en Breton Woods.

Creo que el Presidente de Estados Unidos habló aquí durante unos 20 minutos el día de ayer, según me han informado. Yo pido permiso, excelencia, para terminar mi alocución.

El objetivo del nuevo orden económico internacional era modificar el viejo orden económico concebido en Breton Woods en 1944, y que tendría una vigencia hasta 1971, con el derrumbamiento del sistema monetario internacional. Sólo buenas intenciones, ninguna voluntad para avanzar por ese camino, y nosotros creemos que ese era, y ese sigue siendo el camino.

Hoy reclamamos desde los pueblos, en este caso el pueblo de Venezuela, un nuevo orden económico internacional. Pero también resulta imprescindible un nue-

vo orden político internacional. No permitamos que un puñado de países intente reinterpretar impunemente los principios del derecho internacional para dar cabida a doctrinas como la “guerra preventiva”. ¡Vaya que nos amenazan con la guerra preventiva!, y la llamada ahora “responsabilidad de proteger”, pero hay que preguntarse quién nos va a proteger, cómo nos van a proteger.

Yo creo que uno de los pueblos que requiere protección es el pueblo de Estados Unidos, demostrado ahora dolorosamente con la tragedia de Katrina. No tiene gobierno que lo proteja de los desastres anunciados de la naturaleza, si es que vamos a hablar de protegernos los unos a los otros. Estos son conceptos muy peligrosos que va delineando el imperialismo, va delineando el intervencionismo y tratan de legalizar el irrespeto a la soberanía de los pueblos. El respeto pleno a los principios del derecho internacional y a la Carta de las Naciones Unidas deben constituir la piedra angular de las relaciones internacionales en el mundo de hoy, y la base del nuevo orden que propugnamos.

Permítanme una vez más, para ir concluyendo, citar a Simón Bolívar, nuestro Libertador, cuando habla de la

integración del mundo, del Parlamento Mundial, de un Congreso de parlamentarios. Hace falta retomar muchas propuestas como la bolivariana. Decía Bolívar en Jamaica, en 1815, ya lo citaba, leo una frase de su Carta de Jamaica: “Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos. Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, de los reinos, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración”.

Urge enfrentar de manera eficaz, ciertamente, al terrorismo internacional, pero no usándolo como pretexto para desatar agresiones militares injustificadas y violatorias del derecho internacional, que se han entronizado como doctrina después del 11 de septiembre. Sólo una estrecha y verdadera cooperación, y el fin de los dobles raseros que algunos países del Norte aplican al tema del terrorismo, podrán acabar con este horrible flagelo.

En apenas siete años de Revolución Bolivariana, el pueblo venezolano puede exhibir importantes conquis-

tas sociales y económicas. Un millón 406 mil venezolanos aprendieron a leer y a escribir en año y medio. Nosotros somos 25 millones aproximadamente y en escasas semanas, el país, dentro de pocos días, podrá declararse libre de analfabetismo. Y tres millones de venezolanos antes excluidos por causa de la pobreza, fueron incorporados a la educación primaria, secundaria y universitaria. Diecisiete millones de venezolanos y venezolanas, casi el 70% de la población, reciben por primera vez en la historia, asistencia médica gratuita, incluidos los medicamentos, y en unos pocos años todos los venezolanos tendrán acceso gratuito a una atención médica de excelencia.

Se suministran hoy más de un millón 700 mil toneladas de alimentos a precios módicos a 12 millones de personas, casi la mitad de los venezolanos. Un millón de ellos lo reciben gratuitamente, de manera transitoria. Estas medidas han generado un alto nivel de seguridad alimentaria a los más necesitados.

Se han creado más de 700 mil puestos de trabajo, reduciéndose el desempleo en 9 puntos porcentuales, todo esto en medio de agresiones internas y externas que in-

cluyeron un golpe militar facturado en Washington y un golpe petrolero facturado también en Washington; pese a las conspiraciones, a las calumnias del poder mediático y la permanente amenaza del imperio y sus aliados, que hasta estimula el magnicidio. El único país donde una persona se puede dar el lujo de pedir el magnicidio de un Jefe de Estado es Estados Unidos, como ocurrió hace poco con un reverendo llamado Pat Robertson, muy amigo de la Casa Blanca, que pidió públicamente ante el mundo mi asesinato y anda libre. ¡Ese es un delito internacional! ¡Terrorismo internacional!

Pues bien, nosotros lucharemos por Venezuela, por la integración latinoamericana y por el mundo. Reafirmamos aquí en este salón nuestra infinita fe en el hombre, hoy sediento de paz y de justicia para sobrevivir como especie. Simón Bolívar, padre de nuestra patria y guía de nuestra Revolución, juró no dar descanso a su brazo, ni reposo a su alma, hasta ver a la América libre. No demos nosotros descanso a nuestros brazos, ni reposo a nuestras almas hasta salvar la humanidad.

Señores, muchísimas gracias.

INTERVENCIÓN EN LA 15° CONFERENCIA DE LA ORGANIZACIÓN DE NACIONES UNIDAS SOBRE EL CAMBIO CLIMÁTICO

Copenhague, Dinamarca, 16 de diciembre de 2009

HUGO CHÁVEZ

Permítanme un comentario inicial que hubiera querido hacer como parte del punto previo que fue ejercido por la delegación de Brasil, China, India, Bolivia. Nosotros estábamos pidiendo la palabra, pero no fue posible tomarla. Dijo la representante de Bolivia, entre otras cosas, lo siguiente: el texto presentado no es democrático, no es inclusivo.

Yo apenas venía llegando, nos estábamos sentando cuando oímos decir que venía un documento por ahí, pero que nadie conoce. Yo he preguntado por el documento, pero aún no lo tenemos; creo que nadie sabe de ese documento, *top secret*.

Ciertamente —la camarada boliviana lo dijo— no es democrático, no es inclusivo. Ahora, señoras, señores, ¿acaso no es esa precisamente la realidad de este mundo? ¿Acaso estamos en un mundo democrático? ¿Acaso el sistema mundial es inclusivo? ¿Podemos esperar algo democrático, inclusivo del sistema mundial actual?

Lo que vivimos en este planeta es una dictadura imperial, y desde aquí la seguimos denunciando. ¡Abajo la dictadura imperial! ¡Y que vivan los pueblos y la democracia, y la igualdad en este planeta!

Hay un grupo de países que se creen superiores a nosotros los del Sur, a nosotros el Tercer Mundo, a nosotros los subdesarrollados, o como dice el gran amigo Eduardo Galeano: “Nosotros los países arrollados como por un tren que nos arrolló en la historia”.

Así que no nos extrañemos, de esto, de que no hay democracia en el mundo. Aquí estamos una vez más ante una poderosa evidencia de la dictadura imperial mundial. Allá afuera hay mucha gente. Claro, no caben en este salón, es mucha gente. He leído por prensa que hubo algunos detenidos, algunas protestas intensas ahí

en las calles de Copenhague, y quiero saludar a toda esa gente que está allá afuera, la mayor parte de ella jóvenes.

Son jóvenes preocupados mucho más que nosotros, y creo que con razón, por el futuro del mundo. Nosotros tenemos —la mayoría de los que estamos aquí— ya el sol a la espalda; ellos tienen el sol al frente y están muy preocupados.

Uno pudiera decir, señor presidente, que un fantasma recorre Copenhague, parafraseando al gran Carlos Marx. Un fantasma recorre las calles de Copenhague, y creo que ese fantasma anda en silencio por esta sala, entre nosotros, se mete por los pasillos, sale por debajo, sube, es un fantasma espantoso: el capitalismo es el fantasma, casi nadie quiere nombrarlo.

Ahí rugen los pueblos, allá afuera se oyen. Yo venía leyendo algunas consignas que hay pintadas en las calles, y creo que esas consignas de estos jóvenes, algunas de ellas, las oí cuando iban allá el joven y la joven. Hay dos de las que tomé nota. Se oyen, entre otras, dos poderosas consignas. Una: “No cambien el clima, cambien el sistema”.

Y yo la tomo para nosotros: No cambiemos el clima, ¡cambiemos el sistema! Y en consecuencia comenzaremos a salvar el planeta. El capitalismo, el modelo de desarrollo destructivo, está acabando con la vida, amenaza con acabar definitivamente con la especie humana.

El otro lema llama a la reflexión. Muy a tono con la crisis bancaria que recorrió al mundo y todavía lo golpea, y la forma en cómo los países del Norte rico auxiliaron a los banqueros y a los grandes bancos. Sólo en Estados Unidos se perdió la cifra para salvar bancos; es astronómica. Dicen en las calles lo siguiente: “Si el clima fuera un banco, ya lo habrían salvado”. Y creo que es verdad. Si el clima fuera un banco capitalista de los más grandes, ya lo habrían salvado los gobiernos ricos.

Creo que Obama no ha llegado. Recibió el Premio Nóbel de la Paz casi el mismo día en que enviaba 30 mil soldados más a matar inocentes en Afganistán, y viene ahora a presentarse aquí con el Premio Nóbel de la Paz, el Presidente de los Estados Unidos.

Pero Estados Unidos tiene la maquina de hacer billetes, de hacer dólares, y ha salvado —bueno, creen haber salvado— los bancos y el sistema capitalista.

Bien, este comentario es al margen. Yo quería hacerlo desde allá, estábamos levantando la mano para acompañar a Brasil, a India, a Bolivia, a China, en sus interesantes posiciones que Venezuela y los países de la Alianza Bolivariana comparten con firmeza. Pero no nos dieron la palabra, así que no me cuenten estos minutos, por favor, presidente.

Por ahí tuve el gusto de conocer a este escritor francés Hervé Kempf. Recomiendo este libro, se consigue en español, también en francés y en inglés, seguramente: *Cómo los ricos destruyen el planeta*. Por eso fue que Cristo lo dijo: “Más fácil será que un camello entre por el ojo de una aguja, a que un rico entre al Reino de los cielos”.

Los ricos están destruyendo el planeta. ¿Será que piensan irse para otro cuando destruyan este? ¿Tendrán planes de irse a otro planeta? Hasta ahora no se ve ninguno en el horizonte de la galaxia.

Este libro apenas me ha llegado, me lo ha regalado Ignacio Ramonet, que está también en esta sala. Terminando el prólogo, o el preámbulo, dice: Kempf lo siguiente, esta frase es muy importante: “No podremos reducir el consumo material a nivel global si no hacemos que los poderosos bajen varios escalones, y si no combatimos la desigualdad. Es necesario que al principio ecologista, tan útil a la hora de tomar conciencia, pensar globalmente y actuar localmente, le sumemos el principio que impone la situación: consumir menos y repartir mejor”.

El cambio climático es sin duda el problema ambiental más devastador del presente siglo: inundaciones, sequías, tormentas severas, huracanes, deshielos, ascenso del nivel medio del mar, acidificación de los océanos y olas de calor; todo eso agudiza el impacto de las crisis globales que nos azotan.

La actual actividad humana supera los umbrales de la sostenibilidad, poniendo en peligro la vida en el planeta, pero también en ello somos profundamente desiguales.

Quiero recordarlo: los 500 millones de personas más ricas —esto es el siete por ciento de la población mun-

dial—, ese siete por ciento es responsable, esos quinientos millones de personas más ricas son responsables del cincuenta por ciento de las emisiones contaminantes; mientras que el 50 por ciento más pobre es responsable de sólo siete por ciento de las emisiones contaminantes.

Por eso a mí me llama la atención tratar aquí a Estados Unidos y a China en el mismo nivel. Estados Unidos tiene apenas, si acaso, 300 millones de habitantes. China tiene casi cinco veces más población que Estados Unidos. Estados Unidos consume más de 20 millones de barriles diarios de petróleo; China llega apenas a 5 ó 6 millones de barriles diarios. No se puede pedir lo mismo a Estados Unidos que a China.

He allí temas que hay que discutir. Ojalá pudiéramos los jefes de Estado y de Gobierno sentarnos a discutir de verdad sobre estos temas.

El 60 por ciento de los ecosistemas del planeta están dañados, el 20 por ciento de la corteza terrestre está degradada. Hemos sido testigos impasibles de la deforestación, de la conversión de tierras, de la desertificación, de las alteraciones de los sistemas de agua dulce, de la

sobreexplotación de los recursos marinos, de la contaminación y de la pérdida de la diversidad biológica.

La utilización exacerbada de la tierra sobrepasa en un 30 por ciento la capacidad para regenerarla. El planeta está perdiendo lo que llaman los técnicos la capacidad para autorregularse. Cada día se liberan más desechos de los que pueden ser procesados. La supervivencia de nuestra especie martilla en la conciencia de la humanidad.

A pesar de la urgencia, han transcurrido dos años de negociaciones para concluir un segundo período de compromiso bajo el Protocolo de Kyoto, y asistimos a esta cita sin un acuerdo real y significativo. Y por cierto, acerca del texto que viene de la nada, como lo califica el representante chino, Venezuela y los países del ALBA, la Alianza Bolivariana decimos que nosotros no aceptamos —desde ya lo decimos— ningún otro texto que no sea el que venga de los grupos de trabajo del Protocolo de Kyoto y de la Convención, que son los textos legítimos que se han estado discutiendo con tanta intensidad en estos años.

Y en estas últimas horas no me parece lógico que salga un documento de la nada, como dicen ustedes.

El objetivo científicamente sustentado de reducir la emisión de gases contaminantes y lograr un convenio de cooperación a largo plazo a todas luces, hoy, a esta hora, parece haber fracasado, por ahora. ¿Cuál es la razón? No tenemos duda.

La razón es la actitud irresponsable y la falta de voluntad política de las naciones más poderosas del planeta. Nadie se sienta ofendido. Recurro al gran José Gervasio Artigas cuando dijo: “Con la verdad, ni ofendo ni temo”. Pero en verdad es una actitud irresponsable de marchas, de contramarchas, de exclusión, de un manejo elitesco, de un problema que es de todos y que sólo podremos resolver todos.

El conservadurismo político y el egoísmo de los grandes consumidores, de los países más ricos, denotan una alta insensibilidad y falta de solidaridad con los más pobres, con los hambrientos, con los más vulnerables a las enfermedades, a los desastres naturales. Es imprescindible un nuevo y único acuerdo aplicable a partes absolu-

tamente desiguales, por la magnitud de sus contribuciones y capacidades económicas, financieras y tecnológicas y que esté basado en el respeto irrestricto a los principios contenidos en la Convención.

Los países desarrollados deberían establecer compromisos vinculantes, claros y concretos en la disminución sustancial de sus emisiones y asumir obligaciones de asistencia financiera y tecnológica a los países pobres para hacer frente a los peligros destructivos del cambio climático. En tal sentido, la singularidad de los estados insulares y de los países menos desarrollados, debería ser plenamente reconocida.

El cambio climático no es el único problema que afecta hoy a la humanidad, otros flagelos e injusticias nos asechan.

La brecha que separa los países ricos y pobres no ha dejado de crecer a pesar de todos los Objetivos del Milenio, de la Cumbre de Financiamiento de Monterrey. Todas esas cumbres, como decía aquí el Presidente de Senegal, denunciando una gran verdad, son promesas, y promesas incumplidas, y el mundo sigue su marcha destructiva.

El ingreso total de los 500 individuos más ricos del mundo es superior al ingreso de los 416 millones de personas más pobres; los 2.800 millones de personas que viven en la pobreza, con menos de 2 dólares al día, y que representan el 40 por ciento de la población global, obtienen sólo el 5 por ciento del ingreso mundial.

Hoy mueren al año unos 9,2 millones de niños antes de alcanzar el quinto año de vida, y el 99,9 por ciento de estas muertes ocurren en los países más pobres.

La mortalidad infantil es de 47 muertes por mil nacidos vivos, pero es de sólo 5 por cada mil en los países ricos. La esperanza de vida en el planeta es de 67 años: en los países ricos es de 79, mientras que en algunas naciones pobres es de sólo 40 años.

Adicionalmente, existen mil 100 millones de habitantes sin acceso al agua potable, 2.600 millones sin servicio de saneamiento, más de 800 millones de analfabetos y 1.020 millones de personas hambrientas. Ese es el escenario del mundo.

Ahora, ¿cuál es la causa? Hablemos de la causa, no evadamos responsabilidades, no evadamos la profundidad de este problema. La causa, sin duda —vuelvo al tema de todo este desastroso panorama— es el sistema metabólico destructivo del capital y su modelo encarnado: el capitalismo.

Aquí hay una cita que quiero leerles brevemente de ese gran teólogo de la liberación, Leonardo Boff, brasileño, nuestroamericano, que dice sobre este tema lo siguiente: ¿Cuál es la causa?

“El sueño de buscar la felicidad a través de la acumulación material y del progreso sin fin, usando para eso la ciencia y la técnica con las cuales se puede explotar de forma ilimitada todos los recursos de la Tierra”, y cita por ahí a Charles Darwin y su teoría de selección natural, la sobrevivencia de los más fuertes. Pero sabemos que los más fuertes sobreviven sobre las cenizas de los más débiles.

Juan Jacobo Rousseau, siempre hay que recordarlo, decía: “Entre el fuerte y el débil, la libertad oprime”. Por eso es que el imperio habla de libertad, es la libertad

para oprimir, para invadir, para asesinar, para aniquilar, para explotar, esa es su libertad, y Rousseau agrega la frase salvadora: “Sólo la ley libera”.

Hay algunos países que están jugando a que aquí no haya documento, precisamente porque no quieren una ley, no quieren una norma, porque la inexistencia de esa norma les permite jugar su libertad explotadora, su libertad arrolladora.

Hagamos un esfuerzo y presionemos aquí y en las calles para que aquí salga un compromiso, un documento que comprometa a los países más poderosos de la Tierra.

Se pregunta Leonardo Boff: “¿Puede una tierra finita soportar un proyecto infinito?”. La tesis del capitalismo, el desarrollismo infinito es un modelo destructivo. Aceptémoslo.

Luego nos pregunta Boff: “¿Qué podríamos esperar de Copenhague? Apenas esta sencilla confesión: así como estamos no podemos continuar. Un propósito simple: vamos a cambiar de rumbo”.

Hagámoslo, pero sin cinismo, sin mentira, sin dobles agendas, sin documentos salidos de la nada, con la verdad por delante.

¿Hasta cuándo —nos preguntamos desde Venezuela— vamos a permitir tales injusticias y desigualdades? ¿Hasta cuándo vamos a tolerar el actual orden económico internacional y los mecanismos de mercado vigentes? ¿Hasta cuándo vamos a permitir que grandes epidemias como el VIH/SIDA arrasen con poblaciones enteras? ¿Hasta cuándo vamos a permitir que los hambrientos no puedan alimentarse, ni alimentar a sus propios hijos? ¿Hasta cuándo vamos a permitir que sigan muriendo millones de niños por enfermedades curables? ¿Hasta cuándo vamos a permitir conflictos armados que masacran a millones de seres humanos inocentes, con el fin de apropiarse los poderosos de los recursos de otros pueblos?

Que cesen las agresiones y las guerras, pedimos los pueblos del mundo a los imperios, a los que pretenden seguir dominando el mundo y explotándonos.

No más bases militares imperiales, ni golpes de Estado, construyamos un orden económico y social más justo

y equitativo. Erradiquemos la pobreza. Detengamos de inmediato los altos niveles de emisión. Frenemos el deterioro ambiental y evitemos la gran catástrofe del cambio climático. Integrémonos en el noble objetivo de ser todos más libres y solidarios.

Hace casi dos siglos un venezolano universal, liberador de naciones y precursor de conciencias, dejó para la posteridad un apotegma pleno de voluntad: “Si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca”. Era Simón Bolívar, el Libertador.

Desde la Venezuela bolivariana, donde un día como hoy, por cierto, hace diez años exactos vivimos la tragedia climática más grande de nuestra historia: la tragedia de Vargas, así llamada desde esa Venezuela cuya revolución intenta conquistar la justicia para todo su pueblo, sólo posible por el camino del socialismo.

El socialismo, el otro fantasma del que hablaba Carlos Marx, anda por ahí también. Es más bien como un contrafantasma, es el rumbo para la salvación del planeta, no tengo yo la menor duda; y el capitalismo es el camino del infierno, el camino a la destrucción del mundo.

Desde esa Venezuela que enfrenta por el socialismo las amenazas del imperio norteamericano, desde los países que conformamos el ALBA, la Alianza Bolivariana, yo quiero, con respeto, exhortar desde mi alma, a nombre de muchos en este planeta, exhortar a los gobiernos y a los pueblos de la Tierra —parafraseando a Simón Bolívar, el Libertador— para que, si la naturaleza destructiva del capitalismo se opone, pues luchemos contra ella y hagamos que nos obedezca, no esperemos de brazos cruzados la muerte de la humanidad.

La historia nos llama a la unión y a la lucha. Si el capitalismo se resiste, nosotros estamos obligados a dar la batalla contra él y a abrir los caminos de la salvación de la especie humana, nos toca a nosotros, levantando las banderas de Cristo, de Mahoma, de la igualdad, del amor, de la justicia, del humanismo, del verdadero y más profundo humanismo. Si no lo hiciéramos, la más maravillosa creación del universo: el ser humano, desaparecerá.

Este planeta tiene miles de millones de años, y vivió miles de millones de años sin nosotros, la especie humana. Es decir, no le hacemos falta nosotros para que él exis-

ta. Ahora, nosotros sin la Tierra no vivimos, y estamos destrozando la Pachamama —como dice Evo—, como dicen nuestros hermanos aborígenes de Suramérica.

Finalmente, ya para terminar, oigamos a Fidel Castro cuando dijo: “Una especie está en peligro de extinción, el hombre”. Oigamos a Rosa Luxemburgo cuando dijo: “Socialismo o barbarie”. Oigamos a Cristo el redentor cuando dijo: “Bienaventurados los pobres, porque de ellos será el reino de los cielos”.

Seamos capaces de hacer de esta Tierra no la tumba de la humanidad, hagamos de esta Tierra un cielo, un cielo de vida, de paz de hermandad para toda la humanidad, para la especie humana.

**DISCURSO EN LA 16° CONFERENCIA
DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES
UNIDAS SOBRE EL CAMBIO CLIMÁTICO**

Cancún, México, 9 de diciembre de 2010

EVO MORALES

Muchísimas gracias, hermana, compañera canciller de México, presidenta de la Conferencia de las Partes sobre Cambio Climático. Saludo a los presidentes, jefes de delegaciones de los países del mundo, organismos internacionales, a las fuerzas sociales y a la humanidad en su conjunto.

Nuevamente reunidos, en Cancún, México, para debatir, analizar y aprobar documentos, propuestas que permitan salvar a la vida y a la humanidad. Y por eso, quiero agradecer por la gran hospitalidad del pueblo mexicano y de su gobierno que ha garantizado la participación de todos los gobiernos y de los pueblos del mundo en Cancún.

Pero quiero preguntar a la canciller, presidenta, ¿a qué venimos a Cancún? Siento y pienso que estamos convencidos todos que venimos a dar esperanza a los pueblos del mundo, venimos aquí para dar esa confianza de los pueblos hacia sus presidentes, hacia sus gobiernos.

Venimos aquí a plantearnos cómo enfriar al planeta Tierra, estamos convencidos que el planeta está con elevada temperatura, el planeta está herido, y sentimos en los últimos años cómo el planeta Tierra se convulsiona y, como presidentes, como gobiernos, como jefes de delegaciones, como organismos internacionales, tenemos una enorme responsabilidad con la vida y con la humanidad.

¿Cuál es la respuesta que daremos a los pueblos que esperan con esperanza una solución? Después de escuchar algunas informaciones mediante los medios de comunicación, vemos que todavía queremos repetir lo que ha ocurrido en Copenhague. Para mí Copenhague no ha sido un fracaso, si en algo ha sido fracaso es para las potencias del mundo, pero no para los pueblos del mundo.

Entonces, ¿cuál es nuestra responsabilidad si queremos dar esa esperanza a los pueblos del mundo? Es enfriar el planeta, es bajar la temperatura, pero cada uno de nosotros, especialmente, presidentes, jefes de delegaciones, gobiernos, deben ponerse a la altura de millones y millones de familias que son víctimas del calentamiento global.

Como presidentes, pensemos en esas familias víctimas del calentamiento global, esa familia que enfrentan la falta de agua, que cada día ven que se muere su ganado, vacuno, ovino, auquérido, porque no hay agua en su comunidad, en su región y se siente impotente de resolver ese problema dramático de su familia. O pensemos en esa familia que perdió sus tierras, porque ya no hay la isla, van a desaparecer las islas en el mundo, ese pequeño Estado o esas familias que vivían en las islas qué van hacer de acá a poco tiempo.

¿Cuál es el tema estructural? Es el capitalismo, estamos debatiendo a veces solamente los efectos del calentamiento global y no las causas del calentamiento global y debemos ser responsables para debatir las causas del calentamiento global.

Desde hace dos a tres años atrás está en debate en la opinión pública mundial la crisis del capitalismo, y la crisis del capitalismo se expresa en cuatro aspectos centrales: crisis financiera, crisis climática, crisis energética y la más importante: la crisis alimentaria.

Acá venimos a debatir uno de los temas centrales que es la crisis climática, el medio ambiente, la naturaleza y si esa es nuestra responsabilidad, debatir profundamente la crisis del capitalismo, que lleva a la crisis climática.

Por tanto, siento que tenemos una enorme responsabilidad, y responsabilidad no solamente con los que vivimos en este momento, sino con las futuras generaciones. Si queremos ser responsables con las futuras generaciones, estamos obligados a cambiar estas políticas, a cambiar las causas del calentamiento global.

Por supuesto, son importantes los efectos, una obligación de gobiernos, de potencias, de regiones, es pagar la deuda ecológica, pero es más importante cambiar las causas del calentamiento global.

Tenemos la obligación de garantizar el cumplimiento del segundo periodo de compromisos. Por tanto, presidentas, presidentes, delegaciones de todo el mundo, si nosotros desde acá echamos al basurero el Protocolo de Kioto, seremos responsables de un ecocidio, por tanto, de genocidio porque estamos atentando contra la humanidad en su conjunto.

Segundo tema, si somos presidentes, si somos democráticamente electos por nuestros pueblos, tenemos la obligación de escuchar el pedido clamoroso de los pueblos del mundo, tenemos la obligación de atender, de adoptar las decisiones de los pueblos del mundo y no podemos desde acá, a puertas cerradas, tratar de imponer documentos que no expresan el sentimiento y pensamiento de los pueblos, que viene del sufrimiento de ellos.

Ustedes saben que hay un gran debate en las Naciones Unidas para bajar o acabar con la extrema pobreza. La mejor forma de acabar o reducir la pobreza es enfriando el planeta Tierra.

Por eso aprovecho esta oportunidad para brevemente hacer conocer las conclusiones de la primera Conferen-

cia Mundial de los Pueblos sobre el Cambio Climático y los Derechos de la Madre Tierra.

Una de las propuestas concretas es cómo estabilizar la temperatura en el planeta a un grado centígrado; por supuesto, para mí es la más importante, pero de acuerdo a las propuestas que vienen de algunas potencias, tratar de estabilizar a 2° C, hasta inclusive llegar a 4° C, imagínense, cómo estaría el planeta con 4 grados centígrados o 2° C. En este momento, con 0,8° C ya tenemos problemas muy graves en el mundo.

He leído una información de las Naciones Unidas, de expertos y científicos, que decía que cada año mueren 300.000 personas por el cambio climático y se calcula que en los próximos años van a ser 1.000.000 de muertes de seres humanos, por año, como efecto del cambio climático.

Segunda propuesta, tenemos que entender que la naturaleza es nuestro hogar, que la Tierra es nuestra vida. Así como nosotros tenemos derechos, la madre Tierra tiene también derechos. Yo estoy convencido, queridos presidentes, presidentas, delegaciones del mundo, que el

ser humano no puede vivir sin la madre Tierra; pero el planeta puede existir sin el ser humano.

Ahora ya no estamos en la época, en la era de debatir la lucha de clases, se acabó la lucha de clases. Ahora estamos en la etapa de debatir la vivencia en armonía con la madre Tierra, y el planeta, la naturaleza, como queramos llamarla, tiene sus derechos. Así como en décadas pasadas Naciones Unidas aprobó la Declaración Universal de los Derechos Humanos, después aprobaron derechos civiles, derechos económicos, derechos políticos, en los últimos años, por fin aprobamos los derechos de los pueblos indígenas del mundo, este nuevo milenio es para debatir y aprobar desde las Naciones Unidas los Derechos de la madre Tierra.

Derechos a regenerar su biocapacidad, derechos a tener una vida limpia sin contaminación de la madre Tierra, derecho al equilibrio de la madre Tierra, y si como seres humanos, como gobiernos no garantizamos el equilibrio de la Tierra, su derecho a regenerar su biocapacidad, todos seremos responsables del genocidio.

Por otra parte, sabemos todos como presidentes, que es tan importante algunas medidas para respetar las normas, es muy importante la parte coercitiva si queremos defender la vida, y por eso con mucha sabiduría los pueblos del mundo plantean crear, fundar un Tribunal Internacional sobre la Justicia Climática. Todos quienes no respetan los derechos de la madre Tierra deben ser juzgados. Un Tribunal Internacional para hacer cumplir el Protocolo de Kioto u otras normas, que estoy seguro seguirán elaborando, si no son los gobiernos, los pueblos para defender al planeta.

Pero también, escuchamos con mucha preocupación sobre la economía verde, aquí venimos a Cancún México para salvar la naturaleza, para salvar al bosque; por tanto, para salvar al planeta Tierra. No venimos acá para convertir a la naturaleza en una mercancía, no venimos aquí para ver la sobrevivencia del capitalismo mediante los bonos de carbono. El bosque, la naturaleza es algo sagrado para los pueblos del mundo, y no podemos permitir que haya nuevas políticas para la sobrevivencia del capitalismo.

Queridos presidentes y presidentas, si no estamos convencidos sobre las causas profundas del calentamiento global, que es el capitalismo, seguramente habrá muchas y muchas reuniones de presidentes, de gobiernos, de organismos internacionales y nunca le daremos solución a este problema que es sobre la vida y la humanidad. Pero también quiero decirles, que estoy convencido de que serán los pueblos que harán lo que tenían que hacer los gobiernos y lo harán con presidentes y gobiernos que acompañan a sus pueblos.

Por eso convoco a los presidentes y gobiernos de hoy a hacer historia desde Cancún, desde México, para el bien de las futuras generaciones.

Las fuerzas sociales del mundo siempre han sido la fuerza motriz que cambian políticas, que acaban con imperios, que acaban con potencias, y las fuerzas sociales del mundo seguirán una batalla por la vida, por la humanidad en la búsqueda de la igualdad y dignidad de todos los pueblos del mundo.

Por eso, en lugar de que los pueblos, las fuerzas sociales del mundo, se adelanten, seremos, o debemos ser

los gobiernos aliados con los pueblos del mundo quienes garanticemos la esperanza y la vida, de las futuras generaciones.

Estamos convencidos que nuestros presidentes, nuestros gobiernos del mundo asumirán su responsabilidad, no solamente con ciertas potencias, con ciertas empresas transnacionales, sino con los pueblos del mundo, porque los pueblos, los movimientos sociales son más importantes que las empresas y las transnacionales de las cuales es importante su presencia, pero ahora, en este nuevo milenio tenemos la enorme responsabilidad de garantizar la vida, de garantizar a la humanidad y eso es garantizando la subsistencia del planeta Tierra.

Presidenta, muchas gracias por haber permitido mi participación, y esperamos que todos acá demos esperanza a los pueblos del mundo.

Muchas gracias.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Presentación | 5 |
| Intervención en la Conferencia de la Organización de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, <i>Fidel Castro</i> | 7 |
| Discurso en la II Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sustentable, <i>Hugo Chávez</i> | 11 |
| Discurso en la 60° Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas, <i>Hugo Chávez</i> | 19 |
| Intervención en la 15° Conferencia de la Organización de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, <i>Hugo Chávez</i> | 35 |
| Discurso en la 16° Conferencia de la Organización de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, <i>Evo Morales</i> | 53 |

INVESTIGACIÓN ■ ANÁLISIS ■ DENUNCIA

Tres líderes de América Latina alertan sobre la agravante situación de deterioro ambiental global que sufre desde hace años nuestro planeta. Las voces de Fidel Castro, Hugo Chávez y Evo Morales no sólo advierten sobre los daños ambientales que ya sufren algunos de nuestros países, sino que señalan sin rodeos al principal causante de esta crisis planetaria: el sistema capitalista, y sus perjudiciales sociedades de consumo. El llamado es a la cordura, a erradicar el modelo de desarrollo destructivo que no sólo corroe la naturaleza, sino a la sociedad humana.